PERIÓDICO SACERDOTAL
VOLUMEN IV
núm. 170 - julio 1963
Depósito legal: M. 677 - 1958

incunable

EN ESTE NÚMERO:

Factores nuevos en el clero contemporáneo. * El cardenal Suenens habla a las religiosas. * El "Movimiento" y la "Muralla". * Ambiente de Concilio en una organización parroquial. * Experiencias en una parroquia de suburbios. * Espiritualidad sacerdotal diocesana. * Boletín sobre temas de actualidad en la Iglesia. * Y las secciones de siempre.

Editorial

Pablo VI, doble júbilo

EL recuerdo póstumo que, en nuestra número anterior, dedicamos a Juan XXIII estaba empapado de la más conmovida sinceridad y nuestra admiración por el Papa Roncalli no cabía, como aseguramos con toda honradez, en una fraseología fúnebre de circunstancias. Deseábamos con todo el corazón que su persona queridísima y su obra inmensa reencarnarán de algún modo en su sucesor, para gozo nuestro y satisfacción del mundo.

No era prudente entonces aventurar pronósticos en letra impresa y mucho menos adelantar deseos concretos del grupo sacerdotal que, a lo largo de casi tres lustros, viene teniendo en INCUNABLE su órgano de expresión. Pero decimos ahora, con la misma sencillez con que lloramos al Papa Juan, que el cardenal Montini, cuya ejecutoria pastoral se ha seguido tan de cerca en esta Redacción, colmaba antes nuestras esperanzas y ahora colma nuestro gozo.

Lo más hermoso del pontificado romano es que el Papa es de todos, punto de confluencia de todas las aguas, de todas las corrientes que discurren por la Iglesia santa. Pero cada pontífice, vista su obra "a posteriori", deja una huella en la Iglesia de un determinado carácter y tiene, en el más noble sentido de la expresión, una "línea personal". Pocas cosas hay que conforten tanto al espíritu de un sacerdote o de un seglar entregado a la Iglesia como comprobar que sus actitudes íntimas y sus afanes apostólicos encajan de lleno con la orientación marcada por la persona y la palabra del Vicario de Cristo. Todos sabemos bien que la sola obediencia y reverencia debidas al Pastor de los Pastores no bastan para sintonizarnos ilusionadamente con las grandes empresas de la Iglesia. Entre aceptar el Concilio, por ejemplo, con resignada docilidad, o secundarlo con candente entusiasmo, median muchos kilómetros. Creemos, pues, que clero y fieles no sólo han de aceptar las definiciones dogmáticas, las encíclicas y el Código canónico, sino que deben tender a hacer propios, para bien de la Iglesia, el espíritu y las actitudes que encarna el Pontífice romano.

Para nosotros, el Papa recién elegido es el doscientos sesenta y tres sucesor de San Pedro, Vicario de Jesús y dulce Cristo en la tierra. Con eso bastaría para el júbilo y la adhesión. Pero creemos lícito un segundo gozo porque se llame Pablo VI y antes se llamaba Juan Bautista Montini. Confesamos que no nos va a costar nada adherirnos de lleno al programa pontifical que esbozó en su primer mensaje al mundo y en la homilía de su coronación. Dado que Dios no procede por saltos, vemos en sus primeros documentos papales una armoniosa continuidad con sus tres volúmenes de p a s t o r a l e s, como arzobispo de Milán, donde expresó, con altura de pensamiento y nobleza de estilo, la más bella visión de la Iglesia que pudiéramos soñar en un Papa. Sabemos que con la "indomable energía" que él quiere heredar de Pío XI, la "doctrina admirable" que distinguió a Pío XII, y la "bondad inmensa" que ha marcado Juan XXIII, Pablo VI va a traer a la Iglesia una síntesis fecundísima.

Tendremos Concilio; seguirá el diálogo con los hermanos separados; se perseguirá incansablemente la penetración de la Iglesia en el mundo moderno y su acercamiento al hombre de hoy. A quienes llevamos todo eso en la médula misma de nuestro concepto del sacerdocio, ¿no nos será lícito repicar doblemente las campanas porque hay Papa y porque se llama Pablo VI?

Universidad Pontificia de Salamanca